

Biblioteca-Films

LA DAMA DE LA NOCHE

Núm. 90

25
céntos.



NORMA
SHEARER



BELL, Monta

Año II

Núm. 90

BIBLIOTECA FILMS

TÍTULO DE LA SUPREMACIA

REDACCIÓN:
Calabria, 95

O

Teléfono 173-H
BARCELONA

APARECE TODOS LOS MARTES

REVISADO POR LA CENSURA PREVIA

LA DAMA DE LA NOCHE

(LADY OF THE NIGHT, 1925)

¡Cuántas mujercitas, de muy buenas, han ido lanzadas al arroyo por la fuerza de las circunstancias y, no obstante los peligros que las han acechado, han sabido conservar su corazón libre de impúdicos amores! He aquí el tema de esta novela

Exclusiva: **METRO GOLDWYN CORPORATION**

Rambla de Cataluña, 122 — Barcelona
Barquillo, 22 — Madrid

PERSONAJES

Marta Helmer
Flora Banning
Cirilo Dann.

Estos dos papeles son representados magistralmente por la misma actriz

INTERPRETES

NORMA SHEARER
George E. Arthur

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

Una casa pobre, casi desmantelada, sólo los muebles más precisos.

En una habitación modestísima, una mujer tiene en sus brazos una niñita recién nacida.

Abre la puerta de la habitación y aparecen un hombre vestido con blusa con las manos esposadas y a su lado, dos guardias de seguridad.

—¡Juan! —grita la mujer al ver al esposado. Aquel obrero contempla a su esposa con melancólica mirada.

—Tiene usted cinco minutos para hablar con su esposa—dice uno de los guardias al preso.

Éste se adelanta hasta el lecho, besa a la enferma y se sienta a su lado. Los guardias salen hasta el pasillo y se sitúan a ambos lados de la puerta.

—No llores, mujer... ¿Qué es, niño o niña?

—Niña.
—¡Pobrecita!... ¡En qué circunstancias vienes al mundo! ¡Si supieses que tu padre es un criminal!

—Bueno, no vengas con lamentaciones. Juan. Bastante amargada tengo la existencia al verte en este estado.

—¡Perdóname, María!... Pero haz el favor de serenarte... No quiero que llores. ¿Qué nombre vas a poner a nuestra hija?

—María.
—Educala bien y cuando sea mayor, haz que ella ignore siempre que su padre está en presidio.

—¿Quieres decir...?
—Sí, el fiscal pide para mí veinte años de presidio.

—¡Dios mío!... ¿Qué desgraciada soy!
—¡Ya han transcurrido los cinco minutos! —advirtió la voz grave de uno de los guardias.

Juan se levantó con la faz entristecida, contempló a su hija, e inclinándose sobre su cabecita, la besó, al mismo tiempo que dos gruesas lágrimas caían en el rostro de aquel angelito. Luego el preso y su esposa se abrazaron efusivamente, mezclando sus lágrimas. ¡Lágrimas de dolor!

La mano de uno de los guardias agarró fuertemente por el brazo al esposado y lo separó de su consorte.

Juan, antes de salir, volvió su mirada hacia aquellos dos seres inocentes a quienes había hecho desgraciados en un momento de locura.

Juan sale debidamente custodiado de su casa para no volver más a ella.

Días después, tuvo lugar la vista de la causa contra Juan Helmer, y en ella fué condenado, por robo a mano armada, a veinte años de prisión mayor.

Después de la vista, el juez señor Banning se dispone a tomar su auto en la puerta del Palacio de Justicia. Dentro del coche le esperan su esposa y su hija Flora, de pocos años.

En aquel mismo instante, sale del Palacio de Justicia, Juan, acompañado por sus guardianes y se dispone a subir al coche celular; pero al ver el preso al juez, se vuelve hacia él y le dice con voz doliente:

—¡Yo también tengo una hija, señor Juez, y sin mí, va a quedar desamparada!

Por toda contestación, Banning se encogió de hombros despectivamente y, subiendo al auto, desapareció.

El preso corrió los puños y echó esta maldición:

—Mi hija se hallará sin la protección de un padre. ¡Ojalá veas la tuya arrastrada por el fango!

Los guardias le dieron un empujón y le hicieron subir al furgón.

II

Han transcurrido diez y ocho años.

En uno de los Pensionados más renombrados de Nueva York, en un grupo, varias edu-

candas comentan alegremente la carta que acaba de recibir una de ellas, llamada Flora Banning, en que su padre, el juez señor Banning, le anuncia su próxima llegada para ir a sacarla del Colegio, donde ha terminado sus estudios.



—¿Qué nombre vas a poner a nuestra hija? (Ida. y.)

—¡Va ves, qué felicidad!— exclama una rubita, saltando al cuello de la favorecida por la suerte de ir a gozar de la libertad que todas desean.

—¡Te acordarás de nosotras, Flora?— pregunta una.

—Va os escribiré. Y cuando salgáis durante las vacaciones quiero que todas vengáis a verme... Ya veréis como nos vamos a divertir.

—¿Cuándo vendrán a buscarte?—inquirió otra.

—Mi padre me dice: *Mañana iremos a por ti con tu tía*. La carta me la fechada ayer, luego no ha de tardar.

Una de las profesoras que actuaba de vigilante durante el recreo se acercó al grupo y ordenó:

—¡Niñas, a jugar! Los recreos son para jugar y no para formar corrillos... ¡Váman, a jugar!

Y el grupo se dispersó bulliciosamente.

Flora Banning había quedado huérfana de madre. Su padre, magistrado de la audiencia de Nueva York, la había puesto en un famoso pensionado a la edad de diez años, para proceder a su educación. Ahora, Flora había cumplido los diecisiete y esperaba con intenso anhelo la hora de volar fuera de aquella jaula de oro y volver al seno de su familia.

Este deseo, ímpero y como natural en todos los educandos internados, y más aún en las educandas, más que para librarse de las reglas severas de un internado, obedece a una ley psicológica fundamentada en el libre albedrío que toda criatura lleva en lo más recóndito de su alma: el deseo de libertad; esa misma ansia que siente el pájaro rodeado de cuidados dentro de áurea jaula.

Por la tarde de aquel mismo día presentaron en el pensionado al señor Banning y su hermana, una señora espijada, con lentes, que hacía las veces de madre con respecto a Flora.

Después de efusiva despedida y con mucha alegría de Flora, ésta, en compañía de sus padre y tía, volvió a su casa, después de siete años de internado.

Vayamos al otro extremo de la grande urbe, casi en los suburbios.

Es un gran edificio cuadrangular, rodeado por una verja de hierro.

En el frontis del edificio, bajo la esfera del reloj, hay un letrero que reza su empleo:

REFORMATORIO DE MENORES

La ilustre Concepción Arcual ha dicho de esta clase de establecimientos: «Bien dirigidos, los Reformatorios de Menores pueden ser escuelas de virtud, arcos de salvación para la juventud abandonada. Mal orientados, pueden convertirse en escuelas del crimen, en semillero de seres perversos».

La puerta abarrotada que da a la calle se abre, y tres jóvenes, casi de la misma edad, salen del establecimiento.

Las tres bonitas y muy despreocupadas, a juzgar por sus descaradas y apáchicas posturas.

Va en la calle, se han parado, como titubeando sobre el rumbo que debían tomar.

—Bueno—dice una poniéndose en jarras—, ¿y qué hacemos ahora?

—¿Dónde vamos?—pregunta otra.

—Eso es lo que yo pienso—añadió la tercera, meneando su cuerpo flexible—. ¡Vaya usted a saber lo que hacemos!

—Pienso una cosa—dice la más guapa y la no menos desahogada—. ¿No habéis oído hablar de casa de Kelley?

—Sí, el otro día Dolly, la rubia, nos contaba durante el recreo, que cuando ella salga del reformatorio irá a casa de Kelley, un palacio de la danza, donde muchas chicas hacen suerte.

—Pues bien, pienso que lo mejor que podríamos hacer es ir allí, a ver si pescamos cosa. Con los diez dólares que nos han dado al despedirnos, tenemos para reventar en medio del arroyo.

—Tiene razón María Helmer; pero creo que mejor será ir a casa Kelley esta noche, pues a estas horas no debe haber nadie, ¡el baile empieza a las diez.

—Eso. Ahora vámonos de paseo.

—¡Vamos!

Aquellas tres niñas, pues sólo contaban diez y seis años, fuéronse sin rumbo fijo, a la ventura, pues ninguna de las tres tenía casa ni familia.

El Estado creía haber cumplido manteniéndolas hasta que han cumplido la edad reglamentaria, sin preocuparse de enseñarles un oficio para que se pudieran ganar la vida.

¡A los dieciséis años, con un cuerpo bonito

y en medio del arroyo!... ¡Qué razón tenía Concepción Arenal!

Va se habrá percutado el lector de que una de las tres reformadas es María Helmer, la hija de Juan Helmer, que aún sufre su condena en un penal.

Antes de cumplir los diez años quedó sin madre y, por consiguiente, abandonada en el mundo; ella siempre creyó que su padre había fallecido durante su menor edad.

La Beneficencia Pública la acogió en el establecimiento de donde acaba de salir por haber cumplido la edad reglamentaria, los dieciséis años, en compañía de sus tres compañeras, después de haber aprendido, en la pernicioso compañía de otras reformadas, cosas que debería haber ignorado siempre.

Hoy, María Helmer se hallaba sola en el mundo y sin hogar, poseyendo sólo los diez dólares que le habían entregado en el reformatorio y una educación deficientísima.

III

El «Palais de la Danse», de Jaime Kelley, es uno de los salones de exhibición de mujeres bonitas; un mercado humano, donde van a reforzarse, en los innobles placeres de la diosa

Heros, los aristócratas que pagan a peso de oro las caricias de una mujer hermosa.

En un inmenso salón, una multitud de parejas fuertemente ágarradas, danzan al compás de un tango lánguido, lascivo.

Una joven, casi una niña, en quien reconocemos a una de las tres que salían del reformatorio, hace ocho días, contesta a una pregunta de su bailarín:

—¿Quiéres decir? . . . ¡Esa que ahora está apoyada en el mariv de la puerta?

—Sí, la de las plumas en forma de flechas.

—Ah! . . . Esa es María Helmer, la novia de Cirilo Dum. Es muy amiga mía.

—Pues es muy guapa ¿eh?

—Bueno, haz el favor de no mirártela tanto, sino, te mando con ella.

—¡Celosa!

En aquel momento llegó a la sala un pollo sumamente elegante, luciendo en el ojal de la americana un clavel reventón; llamábase Cirilo Dum, el písaverde más gomoso entre todos los que frecuentan el «Palais de la Danse».

Al ver Cirilo Dum a su novia, quien llevaba un sombrero con adorno de grandes plumas caídas, va hacia ella y le pregunta:

—¿Qué les has puesto a esas plumas para que parezcan flechas?

—Les he puesto sindetikon para que tú no te me escapes con otra.

—Yo no me voy con otra; aunque tú me dejes. ¿Cómo es que no bailas?



Por la fama de su belleza, María Helmer se convierte en el "mariv" de la sala. (pág. 71.)

—Porque no quiero que me hagan ver las estrellas a pisotones, al mismo tiempo que le dicen a una que la quieren con toda el alma.

—¿Quieres bailar conmigo?

—Vámonos.

María Helmer y Cirilo Dunn pasáronse a bailar pero éste hacíalo de un modo tan poco conveniente que la joven le avisó varias veces:

—Cirilo, no te propases... Mira que a mí no me gustan esas apreturas.

Cirilo tomó a guasa los prudentes avisos de la joven y continuó apretujándola, y, no contento con esto se atrevió a besarla. María contestó a aquel beso con una solemne bofetada, diciéndole:

—Para que recuerdes que soy mujer honrada.

Quedó Cirilo como quien ve visiones; su novia era muy distinta de las mujercitas que frecuentaban el Palais.

—Bueno, ahora basta de baileto y de manoseo y vámonos—ordenó María a su novio.

Iban a salir de la sala, cuando Cirilo topó con un joven amigo suyo.

—María, te presento mi amigo David Page. Mi novia, María Helmer.

Os convidó a venir a mi casa a ver un invento maravilloso.

—¡Aceptado!—exclamó María Helmer, mirando a David Page de un modo muy significativo.

—Bueno, pero...—se atrevió a balbucear Cirilo Dunn, sin atreverse a terminar la frase.

por miedo a una enérgica represalia de su novia.

—Digo que acepto—repitió María—y para corresponder a su amabilidad, señor Page, yo también le invito a venir a mi casa.

—Pero, María...—murmuró temeroso Cirilo.

—¡Tú te callas!... ¿Verdad, señor Page?

—Eso es, tú te callas. Señorita Helmer, le agradezco su invitación y le prometo ir a visitarla a su casa. ¿Dónde vive?

María Helmer dióle la dirección donde tenía una habitación como recostada y despidiéndose, marchándose ella con su novio que ponía una cara como si hubiese comido pepinillos en vinagre, y David Page a su casa.

En el «Palais de la Danse» continuaban los concertillos en medio de una gran algazara.

Sentado en una butaca, al lado de su ridícula hermana, hallábase el exfiscal de la audiencia, señor Hanning, hoy uno de los banqueros de más nombre de Nueva York. El buen señor contemplaba embobado, como su hija Flora bailaba con algunos de los aristócratas. La niña había salido hacía poco del pensionado y pensaba el buen señor que en aquel lugar de diversión perdería el temor. Tenía razón: allí iba a perder el temor y... la vergüenza.

—¡Ah!—decía el señor Hanning a su hermana, mientras, embobado, contemplaba a su hija—. ¡Qué feliz se sentiría mi difunta esposa si pudiera ver esta noche a Flora!... ¡Oh, está monísima!

—Muy mona... Pero ¿no ves, hermano mío, cuántos admiradores tiene?

—Mejor, mujer, así podrá escoger.

La música había cesado de tocar. Las parejas, cogidas del brazo, deambulaban en el salón, conversando bulliciosamente. Flora, la hermosa hija de Ranning, iba del brazo de un joven aristócrata, quien sin grandes escrúpulos decía a la joven:

—Teresa y Teodoro—eran dos conocidos de Flora—se han escondido para decirse algunos secretos... ¿Quiere usted, Flora, que vayamos a sorprenderlos?

—Sí, sí, vamos.

En uno de los saloncillos próximos a la sala de baile, que servían de descanso y, a veces, de lugar reservado para comunicarse sus secretos los amantes, dos jóvenes, eran los nombrados por el bailarín de Flora, sentados uno junto al otro, estaban tan encadenados entre sus brazos que no notaban la presencia de los mirantes.

—Ya ve usted, Flora—le dijo su aristócrata acompañante.

—Pero si parece que a ella no le desagrada—exclamó Flora escandalizada.

—Tampoco a usted le desagradaría... ¿Quiere...?

—¡Niña!—llamó la tía de Flora acercándose a ella... Es muy poco honesto lo que estás contemplando...

—Pero me gusta.

—Vamos, vamos... No sé como tu padre

permite que veigas a ver estas cosas... Vámonos a casa.

IV

En su humilde habitación, María Helmer está ocupadísima en la preparación de la comida: espera a alguien. Tiene encima de la mesa un gran libro abierto, donde hay este epígrafe: «Modo de arreglar la mesa», cuyas reglas va leyendo y poniendo en práctica... «A la derecha del plato, la cuchara; a la izquierda, el tenedor; aquí el cuchillo; encima del plato, así, la servilleta... etc.» Y iba haciendo lo que indicaba el manual.

En este menester estaba, cuando se presentó su novio, Cirilo Durr.

—¿Qué son tantos preparativos? ¿Es que esperas a alguien?

—Sí, espero a tu amigo David Page.

—¿Para comer contigo?

—¿Por qué no?

La enérgica contestación de su novia le hizo engullir una réplica algo picante; pero conocía el genio de la joven y como él era algo tímido, no contestó más que:

—Bueno, bueno, como quieras—y al mismo tiempo hizo ademán de marcharse.

—No te vayas, hombre; David Page no te va a comer.

En aquel momento llamaron a la puerta. Era el esperado amigo de Cirilo.

—¿Cómo estás, amigo Cirilo?

—Ya ves... esperándote.

—¿Cómo está usted, María?

—También esperándole... Como me prometió que vendría usted hoy a mi casa, me he permitido disponerle un obsequio: usted me va a acompañar a la mesa.

—Con mucho gusto, señorita.

—Siéntese usted aquí.

—Muchas gracias.

Cirilo notaba con disgusto que en la mesa sólo se habían dispuesto dos cubiertos y que todos los agasajos y miradas encendidas de María iban dirigidas a su amigo. El... como si no estuviese presente.

Sentáronse a la mesa María y Page.

—¡Buen provecho!—deseó Cirilo a los comensales.

—Gracias—contestaron a dúo, María y David Page.

—Tengo que darle una gran noticia, señorita—dijo éste.

—Ya le oigo.

—Acabo de perfeccionar mi invento con el cual puede abrirse cualquier caja de caudales.

—Yo conozco el jefe de una cuadrilla de ladrones—manifestó Cirilo Dunn—que te comprará ese invento a buen precio.

—Oigame, David—suplicó la joven—, yo no quiero que usted haga eso.



Las tres boudas y muy despreocupadas
(pág. 7).

—Sin embargo, María, puedo ganar mucho dinero con mi invento.

—Usted no venderá su secreto a esa banda de ladrones como dice Cirilo.

—¿Por qué, María?—inquirió su novio.

—Porque si ese invento sirve para que los ladrones puedan abrir cualquier caja de caudales, ¿no habría manera de arreglarlo para que los banqueros lo usen para que no les roben?

—Ya lo creo que se podría—respondió Page.

—Pues le daría eso más utilidad, más nombre y más tranquilidad de conciencia.

—Los banqueros—replicó Cirilo—te engañarán para quedarse con el invento sin pagarte nada; los ladrones, en cambio, te pagarán bien.

—Le pagarán bien y... le llevarán a la cárcel.

David Page quedó admirado del sentido moral de aquella hija del arroyo que tan fácilmente se había enorgulecido de él y que profesaba una moral poco en connivencia con su manera de vivir sola, desamparada y gozando de una libertad sin límites. Una joven hermosa, independiente, que no se dejaba manosear ni besar, ni por su novio. ¡Era incomprensible!

David Page quedó un momento ensimismado, como pensativo.

—¿Qué piensa, David?

—Pienso que tiene usted más razón que el Evangelio... Iré a la junta de banqueros para ofrecerles mi invento, después de hacer las variaciones oportunas.

—Hará mucho más bien a la humanidad con ese invento en esa forma, que favoreciendo el robo.

—No es verdad—contradijo Cirilo Dunn.

—Tú, cállate—ordenó María.

—¿Si gustas, Cirilo?—preguntó con guasa David.—No recordaba que estuvieses ahí.

—Muchas gracias y... que aproveche.

David Page era un joven singularísimo. Obrero mecánico muy inteligente, no pensaba más que en perfeccionarse en su oficio, haciendo algunos inventos relacionados con la mecánica. Su instrucción era menguada y su moralidad dudosa, ya que se relacionaba con rateros, mujerzuelas y gente del bampa. Pero nadie podía echarle en cara ningún mal proceder ni mala acción. El ambiente en que vivía, le había llevado a frecuentar aquellas personas; mas su corazón se conservaba puro por un trabajo incesante.

Habitado a tratar mujerzuelas atrevidas y sin corazón, quedó admirado del buen criterio y de los consejos que le daba María Helmer.

Los caracteres de los dos jóvenes tenían una gran semejanza: dos corazones sanos en medio del lozadal.

Trabajó David Page para perfeccionar su invento, modificándolo en el sentido que María Helmer le había indicado: un aparato para impedir que los ladrones pudiesen abrir las cajas de caudales. Y logró su propósito sin grandes dificultades.

David Page fué a ofrecer su invento a la

Junta de Banqueros, cuyo presidente era el señor Banning.

Se personó el joven inventor en casa de este último, donde se habían reunido los miembros de la mencionada Junta.

—Vámas a ver, joven; explíquese.

—Muy sencillo. Se coloca este aparato en la parte interior, de manera que el arbolante de la caja penetre en esta ranura. Ven, aquí hay un imán. Todo el secreto está aquí, en el imán. ¿Ve usted, señor Banning?.. Esto no puede fallar.

—Muy bien, joven, cuando usted quiera firmaremos el contrato de adquisición.

—Mañana, si usted quiere, señor Banning, después de las pruebas oficiales.

—Está bien, hasta mañana.

David Page se disponía a salir. En aquel momento presentóse Flora, la hija de Banning, que el banquero presentó al joven inventor.

—Mi hija Flora; el señor Page.

La hermosa joven quedó prendada del inventor, a quien saludó con muestras de un gran cariño.

Cuando, un momento después, David Page salió de casa de Banning, Flora, desde la ventana, le seguía los pasos, aspirando por sus fucos.



Toda el secreto está en el imán (pág. 29).

V

En su rústico mocador está María Helmer, dándose el último retoque ante el espejito de mano, el único que posea.

Va vestida con una chaquetita muy ceñida y una falda muy corta, tocada con boina de terciopelo con grandes plumas, está sentada con una pierna encima de la otra, teniendo en su siniestra el espejito y en su diestra un lápiz o barrita de carmín con el que se pinta los labios.

Mientras estaba componiéndose la faz, llegó su novio, el elegante Cirilo Dunn.

—¡Qué elegante te pones!

—Es que quiero parecer una actora.

—¡Una señora!—exclamó Cirilo.

—Pues mira, que tú no eres ningún príncipe de Gales, que digamos, y eso que pretendes vestir siempre a última moda.

—¡Y que lo digas!

—Y sin un dólar en el bolsillo.

—Pero dispuesto a ganar muchos para ti, que eres mi reina. Si quieres seguirme al Oeste de los Estados Unidos, donde hay tierra de sobra para todo el que quiera trabajar...

—No vayamos tan lejos, Cirilo, que te vas a marear.

—Es que he soñado en llegar a millonario y lo scré, para que tú puedas ser feliz.

—¿Contigo?

—Estoy dispuesto a casarme contigo.

—No, hombre, Cirilo, no seas tan generoso.

—Ya comprendo, María. Es que tú estás enamorada de David.

—¿Quién sabe?... Es tan simpático como tú, pero algo más trabajador y... no tan canalla.

—¡María! Ya sabes que yo lo soporto todo de tu parte, menos que me insultes.

—No, si yo no te insulto; te digo la verdad.

—Va verás el caso que hace de ti cuando mi amigo David haya vendido su invento.

—Estás muy equivocado. El corazón me dice que David Page va a ser mi esposo.

—Anda, acaba de pintarte y vamos al «Palais», que tengo ganas de bailar.

—De bailar ¿eh? No de hacer el memo, como la otra noche que te tuve que llamar al orden.

En esta plática estaban María Helmer y Cirilo Dunn, cuando se presentó David Page.

—¡Hola, amigos!... Siempre tan de acuerdo ¿eh? Me parece que van a hacer ustedes una pareja ideal.

—No se burle usted, David—dijo María—; para casarme yo con éste... vago necesitaría que se volviese al revés. Otros hombres hay que me atraen más que Cirilo.

—Por ejemplo tú—añadió Dunn.

—No haga usted caso de éste, amigo David, está tocado del melón.

—Luego ¿no es cierto lo que dice?

—Ya se lo diré a usted al oído. Dígame, David, ¿fue usted a proponer su invento a algún Banco?

—He propuesto su adquisición al comité del consorcio de banqueros...

—¿Y qué?

—Que me lo compran en una muy bonita cantidad. Han a firmarme el contrato; pero llegó al despacho la hija del señor Banning, y me dijeron que lo firmáramos hoy.

—Oígame, David—preguntó María—, ¿esa hija del señor Banning es muy guapa?

—¿Le interesa mucho saberlo, María?

—Sí.

—Se parece mucho a usted.

—Pero ella vive en un mundo de más lujo, en el mundo del dinero.

—Me dispensarán que les haya interrumpido su coloquio. Yo sólo venía a dar las gracias a María por el consejo que me dió para que ofreciera mi invento a los banqueros.

—¿Nada más que para eso?

—Y para saludarla. Cumplido esto me retiro. ¡Ah! Le advierto, María, que me tiene usted prometida una visita a mi taller.

—Yo le doy mi palabra de honor de que le iré a ver.

—La espero.

—Gracias y... ¡hasta la vista!

—¡Adiós!

David Page volvió a casa del señor Banning, donde firmó el contrato de venta de su aparato de seguridad de las cajas de caudales. Allí pudo ver y hablar con Flora, a quien invitó al baile



María Helmer, la hija del prisionero, alzó a su marido. (pág. 25).

del «Palais de la Danco», invitación que ella aceptó.

—¿Vendrá usted a buscarme, señor Page?

—Si usted me promete venir, sí.

—Pues se lo aseguro. Aquí en esta casa no se hace más que lo que yo deseo. Basta que

mantuviere un capricho para que mi padre accediera a cuanto pido.

—Entonces, esta noche vendré a buscarla a usted en auto.

—¿A qué hora?

—A eso de las diez.

—¿Está bien...? Hasta las diez!

—¿Hasta luego!

Aquella noche, Flora Banning está en su tocador arreglándose para concurrir al baile en compañía de David Page. Su tía, al verla tan perfollada, le preguntó:

—¿Te arreglas para salir, Flora?

—Sí; me voy al baile del «Palais» en compañía de David Page.

—¡Oh!... ¡Sola con un hombre y a tu edad!

—Tía, si voy con un hombre ya no voy sola. Además, hay que ver qué hombre es David Page. Papá tiene mucha confianza en él... Es todo un caballero.

—¡Oh!... ¡En mis tiempos, cualquier día iban a consentir los padres que una señorita saliese de noche en compañía de un joven!... ¡Oh, no!... ¡Y menos a un baile!

—Claro, por eso tú, tía Amparo, no te has casado. Tú no habrás tenido nunca novio.

—Ni ganas, querida sobrina.

—Pues si tú, querida tía, te has quedado para vestir vírgenes, yo tengo vocación para casarme.

Llegó David Page con un vestido flamante y luciendo en sus dedos unos sortijones de re-

lumbrón, que llamaron mucho la atención de la hija de Banning.

La tía de Flora miró de pies a cabeza al joven inventor y se atrevió decirle:

—Joven, no me parece bien que Flora salga sola con un joven, señor Page.

—Señora, es que en el automóvil que nos es para en la puerta no hay sitio más que para dos.

—Vamos, David. Mi tía es del siglo pasado y hoy ya pensamos de un modo distinto.

Aquella noche, Flora bailó a su placer con el joven inventor, quien quedó prendado de la hermosa joven.

Quedaron en que, al día siguiente, hacia medio día, la hija de Banning iría a verle a su taller. Era casi el abandono en brazos de su amante y exponerse al mayor peligro para una joven decente.

Al día siguiente, la hermana del señor Banning le avisó prudentemente con el fin de que se evitara el peligro que amenazaba a Flora.

—Me parece, hermano mío, que permítas con demasiada facilidad que tu hija se vea con tanta frecuencia y a solas con ese joven inventor.

—¿No te parece buen muchacho?

—No le conozco; pero esa frecuentación puede ser peligrosa para Flora. Ayer fueron solos al «Palais de la Danse», y hoy me ha dicho que se iba a visitarle a su taller.

—Puede que tengas razón; hablaré con ella cuando llegue.

— ¡Ojalá llegues a tiempo. Has dado demasiada libertad a tu hija.

— Tú, hermana mía, eres muy europea, y no debes ignorar que estamos en el país de la libertad.

— Dios haga que no tengas que llorar con lágrimas de sangre la que das a tu hija.

VI

Flora penetró en el taller del hombre a quien amaba, temblando de placer. Iba a verse a solas con aquel joven tan simpático que le había robado la tranquilidad.

Flora llamó y salió a recibirla el inventor.

— Supongo, Flora, que me trae usted la respuesta a la pregunta que le hice ayer durante el baile.

— Se la traigo.

— Entre y descanse.

— Le traigo la respuesta a sus dos preguntas, porque fueron dos. Usted me preguntó: ¿Flora, ¿me ama usted?... ¿Quiere usted ser mi esposa?... A la primera pregunta contesto: «¡Con toda mi alma!...» A la segunda: «¡Sí! ¡Pronto!»

— ¡Flora mía!

— ¡David de mi vida!

Y al exclamar así, ambos se abrazaron en el transporte de una pasión violenta, quedando largo rato unidos el uno en brazos del otro.

No habían tenido la precaución de cerrar la balda a la puerta y, cuando estaban en el éxtasis del arrobamiento, la puerta se abre y aparece en el taller María Helmer.

— ¡Oh! — se excusó María —. Dispernen ustedes, no sabía...

Y sin decir más salió entristecida; mas David la presentó a su novia:

— Flora, tengo el gusto.

— No hay necesidad — acentó María Helmer —. Yo estorbo y me voy.

Cuando hubo salido, Flora preguntó a su amigo:

— ¿Qué relaciones tienes con esa mujer?

— María Helmer es muy buena, y yo le tengo que estar muy agradecido. Si no hubiese sido por ella, ni siquiera te hubiese conocido.

— Ella está enamorada de ti, David, hasta ver cómo te mira para comprenderlo.

— No puede ser, María y Cirilo Damm son novios desde hace tiempo.

— Yo te amo, David; pero comprendo que esa mujer tiene más derecho que yo a tu amor.

Esta conversación fue oída por María Helmer que había quedado escuchando detrás de la puerta.

VII

María Helmer había llegado a su casa. Un momento después, llegó su novio Cirilo.

—María, vengo a despedirme de ti. Sé que amas a David. Cástate con él y hazle feliz.

Llamaron a la puerta. Era David Page.

—María, vengo a darte una satisfacción.

—No hay necesidad. Voy a comunicarle una noticia: Cirilo y yo nos casaremos pasado mañana. Y para probarse lo voy a darle el beso de prometida.

Y al decir esto, María Helmer, la hija del prisionero, abrazó a su novio delante del hombre a quien amaba.

Aquella mujer del arroyo tenía una alma grande y se sacrificaba para no hacer desgraciada a una mujer.

FIN

Ya ha salido en

CELEBRIDADES DE VARIETÉS

SPAVENTA

Postal firmada por el gran artista.

50 céntimos.

¡Acontecimiento sensacional!

Lea Vd. la nueva publicación

Celebridades del Teatro

cuyo primer número está dedicado a

MIGUEL FLETA

Biografía, anécdotas, fotografías

y

postal firmada por el gran divo



Precio: **30** céntimos

Número **BIBLIOTECA FILMS** -- 17 --
-- 91 -- Novbre.
"Título de la supremacía"

¡Lo más notable en novelas cinematográficas populares!

El árbitro de la elegancia

Historia de Jorge Brummel, la figura más saliente en la Inglaterra del siglo XVIII, en que reinó de manera breve, pero imborrable, como rey de la moda, de la elegancia y también ... de los corazones.

Insuperable creación de los eximios artistas,

JOHN BARRYMORE

y

MARY ASTORT

III III III

Postal: *Virginia Valli*. 25 céntos.

COLECCIONE USTED

FILMS



AMOR

LA MEJOR NOVELA CINEMATOGRAFICA

- Núm. 1 **El templo de Venus**, por Mary Philbin.
Núm. 2 **La tierra prometida**, por Raquel Meller,
Tina Meller y Andrés Roanne.
Núm. 3 **Sacrificio**, por Fay Compton y Stewart
Rome.
Núm. 4 **En las garras de la duda**
o el calvario de una esposa, por
Leda Gys y Alberto Capozzi.
Núm. 5 **Ruperto de Hontzau** Segunda época de
El prisionero de Zenda, por E. Ham-
merstein, Claire Windsor, Lew Cody y
Bert. Lytell.
Núm. 6 **El tren de la muerte**, por Cayena y Edith
Roberts.

Literatura selecta — Cubierta a varias tintas
La mejor y más barata de las novelas de

LOS MAS GRANDES FILMS

Obsequio de una tarjeta postal.

50 céntimos